

125

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

DIRECTOR Y REDACTOR, — CARLOS GAGINI.

ADMINISTRADOR,
FRANCISCO CALDERON h.

Precio de Suscripción.

En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado.
En el extranjero, 1-50. " " "
Nos. sueltos, \$ 0-25. Nos. atrasados, \$ 0-50

EPOCA 2ª

NUM. 28.

San José, 15 de Mayo de 1891.

Redacción y Admón.

DETRÁS DEL PALACIO EPISCOPAL, ESQUINA
OPUESTA Á LA TIP. "EL HERALDO."
SE PUBLICA CADA QUINCE DIAS.

LA POESIA.

[POR RICARDO PALMA].

G S arte del demonio ó brujería
esto de escribir versos? — le decía
no sé si á Calderón ó Garcilaso
un mozo más sin jugo que el bagazo.
Enséñeme, maestro, á hacer siquiera
Una oda chapucera.
— Es preciso no estar en sus cabales
para que un hombre aspire á ser poeta ;
pero, en fin, es sencilla la receta :
forme usted líneas de medida iguales,
y luego en fila las coloca juntas
poniendo consonantes en las puntas.
¿Y en el medio? ¿En el medio? ¡Ese es el cuento!
Hay que poner talento.

SUMARIO.

LA POESÍA, por R. Palma.—UN ARGUMENTO PARA UN DRAMA, por F. Coppée, traducción de C. G.—TUS OJOS, por E. Pacheco.—MÁSCARA DE HIERRO Y LATUDE, por doña Emilia Pardo Bazán.—LA SEÑORITA ÁNGELA V.—LA BOMBA, por V. Sardou.—RIMAS, por Amer.—TRES SONETOS, por J. T. Colindres.—GRATITUD Á UNA MEMORIA, por Emanuel.—EL REPORTER, por J. A. Arroyo.—CRÍTICA, por Sisebuto.—BIBLIOGRAFÍA.—NOTAS.

UN ARGUMENTO PARA UN DRAMA.

POR

Francisco Coppée.

(Traducido para "Costa Rica Ilustrada" por

C. Gagini.)

CONVERSÁBASE entre hombres en el fumadero, después de la comida.

El judío Pereira, director de teatros tan conocido por sus marmóreos cuellos postizos y sus corbatas ostentosas, estaba sentado delante de la chimenea con un vasito de curazao en la mano.

“La anécdota, decía, la anécdota es el todo. Una pieza no es buena á menos que el argumento pueda referirse en cinco minutos.

Cuando un autor viene á hablarme de una comedia á la hora de almuerzo, le atajo muy pronto: “¿Puede Ud. contarme el asunto antes que yo acabe de tomarme este huevo pasado por agua?” Si no puede es señal de que la pieza no vale nada.”

Y Pereira apuró el vaso de curazao. “Yo no soy autor dramático, dijo el enorme Mauricio, agregado á la embajada, desde el fondo del ancho sillón en que se hallaba sepultado: no obstante, si quieres, Pereira, te contaré una anécdota de la que, en mi opinión, podría sacar partido uno del oficio.

Pero el tiempo empleado en comerse un huevo es demasiado corto.

Te concedo una tortilla, repuso el judío soltando una carcajada.... Mas los argumentos ideados por la gente de alta sociedad..... Tengo desconfianza, como dice el Guillotinado por persuasión.... En fin, veamos.

—¿Sí? pues la historia circulaba por todos los salones vieneses en la época en que yo me encontraba por allá. Había entonces en Viena un médico de mucha fama para las enfermedades del corazón; se llamaba —cambio los nombres, naturalmente, porque la cosa es trágica—se llamaba el doctor Arnold. Contaba apenas cuarenta años y tenía ya una magnífica clientela. Era hombre gallardo, muy elegante, de facciones regulares y patillas rubias, el tipo austriaco en una palabra.... pero con un par de ojos á la americana, azules y fríos como el acero, y que daban en qué pensar. Una familia rusa residente en Viena —denominémosla si gustáis, los Skebeloff— llamó en consulta al doctor para que viese á la niña de la casa, en quien el especialista reconoció desde el primer examen un principio de aneurisma.

Mucho debió de turbarle eso de auscultar y percutir á la señorita María.... ¡Figúraos! aplicar el oído al pecho de una preciosa morena de diez y nueve años y llamar á su corazón como diciendo: ¿se puede entrar?

—Mauricio, interrumpió el dueño de

casa, nada de chistes de sainete. Nos habéis ofrecido un drama.

—Y lo tendréis, perded cuidado....

Aunque admitidos en la buena sociedad, aquellos Skebeloff eran algo sospechosos. Vivían en la fonda.—Skebeloff padre ostentaba sobre el forrado gabán multitud de presillas y galonaduras. Gastaba mucho boato, y los diamantes de la mamá pasaban por falsos.

Esto y dos hijas casaderas, demasiado hermosas para ser unas santas.... En fin, gente equívoca. Pero el doctor se había enamorado ciegamente: pidió la mano de la señorita María, fué aceptado y al cabo de tres meses se casó con ella; mientras la familia Skebeloff, súbitamente disgustada de Viena, partió en busca de nuevas mesas de huéspedes. La esposa del doctor *fran doctorin*, como dicen por allá, fué de agrado de la sociedad vienesa. Los recién casados eran muy interesantes. El doctor amaba en su María á su mujer y á su enferma; á un tiempo la adoraba y la prodigaba sus cuidados. Este idilio encantaba á los alemanes sentimentales. Ya la señora Arnold, cuya salud se iba restableciendo á ojos vistos, se dejaba ver á menudo en las reuniones y aun valsaba de cuando en cuando.....

—¿Á pesar de su enfermedad del corazón?

—Sí.—La joven parecía tan completamente curada, que su marido, como médico, la permitía una vuelta de vals; aunque creo que, como celoso, se la hubiera prohibido de buena gana. Porque el apuesto capitán Blazewitz—un Apolo con uniforme blanco—era siempre el primero que inscribía su nombre en el programa de baile de la señora Arnold y la estrechaba muy tiernamente contra los entorchados de su uniforme. La vieja fábula de Marte y de Venus se hallaba una vez más.....

—Bueno, dijo Pereira. Tenemos ya la exposición y los monigotes bien situados. *Enredemos* ahora, como se dice en caló de bastidores, *enredemos!*

—Allá voy. Un día el doctor encontró un paquete de cartas.....

—¿Qué manoseado está eso del paquete de cartas!

—Eres insoportable, Pereira. Pon aquí la peripecia que te dé la gana; pero en mi anécdota fué un paquete de cartas.

—Que dan al marido la certeza de su deshonor, ¿no es así?

—Justamente.

—Y que le hacen concebir proyectos de venganza?

¡Hola! ¿con que conoces la historia, Pereira? Pues entonces cuéntala tú.

No, amigo mío: estoy *brujuleando* para servirme siempre de términos del oficio—estoy *brujuleando* y nada más. Luego el marido se vengó.....

—Por medio de uno de esos crímenes que quedan siempre ignorados.

—¿Entonces como se ha sabido?

Porque el doctor habló. Sí, el mismo culpado cediendo más tarde á la irresistible, á la fatal necesidad de confidencias que existe en todos los hombres y que hace de la confesión católica una de las instituciones más.....

—Al grano, Mauricio, al grano!

—No diré ni una palabra más, refunfuñó muy incomodado el joven.

—No hay por qué amoscarse, repuso el insolentón de Pereira: nosotros te evitamos el trabajo de concluir las frases. Este es el verdadero estilo del teatro. Vé, si no, á Scribe y Sardou: todo en diálogo, en puntos suspensivos. Me mato repitiéndolo dia-

riamente á los autores jóvenes: Nada de estilo, sobre todo! nada de literatura! Hay piezas que han fracasado por un adjetivo. Nadie sabe todo el mal que puede causar una metáfora. Así los románticos....

—Y Ud., Pereira, interrumpió el anfitrión mirando al judío socarronamente al través de su monóculo ¿cuándo dejará de hablar?

—Tiene Ud. razón. Nos decía Mauricio que el marido.....

—Imaginó una venganza terrible, permitida solamente á un hombre de su profesión. María no estaba completamente curada—y el especialista lo sabía bien—de aquella enfermedad del corazón, que él había combatido por espacio de dos años con tan amorosa solicitud. Se propuso entonces desarrollar nuevamente la dolencia. Disimulando la cólera, se limitó á guardar ante su esposa la actitud de un marido inquieto y receloso, despertando así el temor y la angustia en el alma de la adúltera. Por las cartas sorprendidas sabía la pasión insensata que embargaba á los dos amantes, y estaba seguro de que ambos buscarían ocasiones de hablarse, arrojando todos los peligros. El Maquiavelo doméstico sacó partido de tan tirante situación. Desde aquel día un poder misterioso interpuso toda suerte de leves obstáculos entre María y el señor de Blazewitz, aunque sin separarlos del todo: ese poder invisible hacía fallar las citas, interrumpía su correspondencia, turbaba y emponzoñaba sus amores; y en esa vida llena de vivas y dolorosas emociones, la salud de la señora Arnold se alteró de nuevo muy profundamente. El doctor estaba matando á su mujer con la misma seguridad y precisión con que la había curado poco antes. Á la hora de loco terror que da á la circulación una actividad mórbida, el hábil médico hacía suceder largos días de tristeza que congestionan el corazón reteniendo en él la sangre.

Después sin transición aparentaba no tener ya celos, y fingía conmovirse hasta verter lágrimas por los padecimientos de su esposa.—Pero, ¿qué te pasa, mi pobre María? la decía. Mi diagnóstico se halla desorientado. Tienes todas las trazas de una persona que se está muriendo de disgusto. ¿No eres feliz conmigo? Y observando con diabólica voluptuosidad los progresos del mal, crucificaba á la víctima con hipócrita desesperación.

Al cabo de seis meses los síncope fueron más frecuentes, las palpaciones más rápidas: los más inquietantes síntomas del aneurisma habían reaparecido. ¡Hola! Pereira, ya no me interrumpes!

—¿Y bien? Sí... es el segundo acto el nudo de la pieza.

Pero el desenlace.... el desenlace....

—¿El desenlace pedido! gritó Mauricio con el tono de un mozo de café que sirve un plato: helo aquí! Una tarde el doctor entró en su casa como una tempestad: “Señora, lo sé todo. El señor de Blazewitz es vuestro amante.” La pobre María se puso pálida como un lienzo y las violetas de la muerte aparecieron en sus labios: ¡“Matadme!” dijo. Esto era cabalmente lo que él deseaba.

“No levantaré la mano sobre una mujer, repuso Arnold. Vuestro cómplice ha pagado por los dos. Vengo de batirme con el señor Blazewitz.... ¡le he muerto!”

María cayó sobre la alfombra como herida de un rayo. Pero el doctor mentía: jamás se habría atrevido ni á tocar el mostacho del gallardo capitán, que pasaba por el primer duelista de Viena.

Arrodillóse el doctor al lado de su

mujer tendida por tierra y la tomó una mano. El pulso latía aún, estaba viva.

Entonces el verdugo la reanimó á fuerza de cuidados.

—Vais á poner un traje de baile y todos vuestros diamantes—ordenó él— y á acompañarme al baile de la embajada de Francia, al que estamos invitados.

—¡Jamás... nunca podría!

—Id á vestiros y partamos en seguida.

Para mi duelo con el señor de Blazewitz busqué de pretexto una disputa de juego. Pero vos estáis comprometida. Es indispensable que esta noche os vean á mi lado en la reunión; de lo contrario, se creará que me he batido por causa vuestra y quedaría deshonrado. ¡Vestíos, yo lo quiero!" Era preciso que la desventurada obedeciese. ¿Cómo resistir al hombre á quien había ultrajado tan cruelmente? Aderezóse, pues, ¡qué agonía! y su marido la arrastró al baile de la embajada. Allí quebrantada, se dejó caer, más bien que se sentó, sobre un sillón de la sala de recibo, donde á cada minuto gritaba el ugiar los nombres de los que iban llegando. El doctor, vestido de gala, magnífico, con todas sus condecoraciones, se mantenía en pie detras del sillón de su esposa. Súbitamente echó una mirada á la antecámara, é inclinóse después como para deslizar una galantería en el oído de su mujer: "El dolor no te ha matado aún, miserable!—Todavía nó, por desgracia, murmuró la víctima.—"Pues entonces mira, añadió él señalando hacia la puerta, y muere de alegría."

En aquel mismo instante el ugiar anunciaba con voz sonora: "¡El capitán barón de Blazewitz! El apuesto oficial entró con la sonrisa en los labios, y al punto, como de costumbre, buscó con la mirada á María. Esta acababa de levantarse del asiento, rígida, como empujada por un resorte, lívida á pesar de los afeites, espantosa! Le miró con ojos extraviados, llevóse la mano á la garganta y cayó pesadamente sobre el estrado... muerta, bien muerta esta vez!

El escándalo fué horroroso. El doctor se echó dando gritos sobre el cuerpo de su esposa; y la desesperación del señor de Blazewitz habría promovido otro escándalo, si un amigo no le hubiese sacado de la sala. Todos los convidados se escavulleron: los lacayos devoraron la cena, y la embajadora tuvo una desazón mayúscula porque había hecho fabricar expresamente para el cotillón cabezas grotescas de las que esperaba notable suceso."

Mauricio dejó de hablar y hubo un momento de silencio.

Los oyentes casi se habían estremecido, y Pereira mismo tuvo el tacto de no decir ninguna pesada tontería.

La dueña de casa apareció en aquel momento, levantando la cortina de tapicería del fumadero:

—¡Y bien, señores, habéis concluido de fumar vuestros cigarros? Las señoras os reclaman.

Al pasar á la sala Pereira cogió del brazo á Mauricio.

—¡Y qué fué del doctor?

Ya te dije que en un día de imprudencia se había casi vanagloriado de su crimen, crimen que por su naturaleza especial está exento de todo castigo. Pero ya le era difícil permanecer en Viena. Actualmente se encuentra en Varsovia, donde tiene numerosa clientela y donde continúa repitiendo á los enfermos de su especialidad: "Ante todo ninguna emoción; eso es lo principal, ninguna emoción."

Pero, ¿qué piensas de mi argumento para un drama?

—Imposible, querido. Todos los folletínistas dirán que era imitación de la *Julia* de Octavio Feuillet.

TUS OJOS.

(En el álbum de Joaquinita.)

Bella, gentil, inocente,
con unos ojos divinos,
cuál los ojos peregrinos
de las magas del Oriente!

Ojos negros, decidores,
que hacen pensar esas cosas,
que deben en sus amores,
soñar los lirios y rosas.

Mas te diré en conclusión
aunque te cause sonrojos,
que si son bellos tus ojos
lo es aún más tu corazón.

1891.

EMILIO PACHECO.

MASCARA DE HIERRO Y LATUDE.

NADIE ha logrado averiguar con exactitud quién fué la *Máscara de hierro*. Descartadas las infinitas invenciones novelescas (entre las cuales descuellan las de Alejandro Dumas), que ha inspirado tan extraño problema, lo cierto es que los historiadores se pierden en conjeturas, sin ver ni rastro de luz que les aproxime al esclarecimiento de la verdad. Resulta innegable que existió un prisionero transferido de la isla de Santa Margarita á la Bastilla, y cuya seguridad importaba tanto, que hasta se pensó en crear para él una mazmorra especial; prisionero que al tener que ser visto de alguien, cubría su rostro con un antifaz de terciopelo negro que afianzaba un barboquejo de metal. Con esta máscara comía cuando había de hacerlo á presencia de gente; con esta máscara puesta recibía al médico enseñándole el cuerpo y la lengua, pero jamás el rostro. El Alcaide de la fortaleza, que al dirigirse al prisionero lo hacía con la cabeza descubierta y dando señales del respeto más profundo, tenía siempre á su lado un par de pistolas cargadas, destinadas á levantarle la tapa de los sesos, si por espacio de un segundo dejaba caer la máscara negra. En medio de las terribles medidas adoptadas para asegurarse de que nadie vería ni conocería al cautivo, se tenían con él miramientos y consideraciones no tributados á ninguno otro; guarnecían su ropa blanca encajes riquísimos, servíanse á su mesa manjares exquisitos, y la vajilla en que comía era de maciza plata. Un día, en la isla de Santa Margarita, la máscara escribió su nombre en un plato de esta vajilla, con la punta de un cuchillo agudo, y arrojó el plato por la ventana en dirección de una barca que vio amarrada en la margen, no lejos del castillo. Recogióle el pescador que tripulaba la barca, y lo llevó en seguida al Alcaide. "Sabes leer?" fué lo primero que le preguntó éste; y después de haber adquirido el conocimiento de que no sabía, le despidió diciendo: "Da gracias á Dios por no saber leer."

Trasladado á la Bastilla el prisionero, enmascarado siempre, languideció allí catorce años hasta que un día, sintiéndose indispuerto al acabar de oír misa, falleció á las pocas horas "sin enfermedad casi", dice un cronista de la época. Enterrado secretamente y bajo nombre supuesto, al punto se hizo una hoguera con todo cuanto le había pertenecido: ropa, muebles, cama, y sin dilación, fueron arrancada la cal y levantados los baldosines de su calabozo, á fin de evitar que en algún escondrijo hubiese dejado el muerto un papel revelador, un indicio que pudiera servir para el conocimiento de su verdadera personalidad y de su historia. Ocurría esto en el reinado de Luis XIV. Pasados muchos años, como se obstinase la Pompadour, aquella favorita omnipotente que fué durante un largo período verdadera Reina de Fran-

cia, en que le revelase Luis XV, en otras materias tan complaciente, el nombre de la máscara de hierro, el rey se enojó, adoptó un continente regio y respondió con energía: No me lo preguntes, es secreto de Estado. Más adelante, bajo un nuevo rey, Luis XVI, otra mujer amada, María Antonieta, quiso á su vez profundizar el enigma, pero su esposo guardó la misma reserva, asegurando que ignoraba todo lo relativo al trágico prisionero.

Mas, ya no era la reina sola: era toda Francia la que se sentía enferma de curiosidad, la que quería alzar la máscara fúnebre. Al caer en manos del pueblo la Bastilla, el primer secreto que quisieron arrebatarse á sus entrañas fué el del enmascarado: el libro donde se registraba la entrada de los presos fué llevado en triunfo á la Municipalidad y abierto solemnemente; pero al buscar el folio á que correspondía el ingreso de la máscara de hierro, los revolucionarios pudieron convencerse de que tomada, arrasada, vencida la Bastilla, no entregaba á nadie la clave de su misterio más hondo. ¡La página correspondiente al ingreso de la máscara había sido arrancada y sustituida por otra cuya letra indicaba procedencia recientísima!

Es mucho que en presencia de tantas precauciones, trasmitidas secularmente y comunicadas á una dinastía entera; en vista de tan impenetrable misterio y de tan románticos indicios, los historiadores más enemigos de rendir tributo á la leyenda y de aceptar el elemento novelesco, no se atrevan á tratar de personaje fantástico á la máscara de hierro ni puedan encontrar pruebas que desvanezcan la suposición, ruinosa para la legitimidad de los Borbones, de que aquel prisionero era un hermano mayor de Luis XIV, el verdadero Rey de Francia.

* * *

Latude, el otro prisionero célebre de la Bastilla, es lo contrario de la máscara de hierro; si la detención de éste podía relacionarse con algún misterio tan grave que comprometiese para siempre lo porvenir y la dignidad de la corona, la prisión del pobre diablo de hijo natural, que entró en los calabozos antes de los veinticinco años para salir á los sesenta, no obedecían á ningún alto interés del Estado, á ningún delito contra la seguridad pública: Latude no era reo sino de haberle causado unos minutos de susto á la Pompadour con una calaverada de muchacho; calaverada que si en vez de recaer en la Pompadour, burguesa apocada y miedosa, hubiese recaído en alguna altiva princesa de la sangre, le habría valido á Latude, en lugar de eterno encierro, las simpatías y el favor que buscaba.

Sobre la vida interesantísima y dramática de Latude podría escribirse un libro titulado (á imitación de cierta novela de Valera) *inconvenientes de pasarse de listo*. En efecto, el largo martirio de Latude, sus treinta y cinco años de cautiverio (estrece escribirlo), se originaron de haber aguzado más de lo preciso el ingenio, y de haber tentado á la suerte con golpes atrevidos, de esos que si salen bien redondean la fortuna de un hombre, pero que torcidos por el mal sino, le hundén para siempre en la adversidad. Oscuro, ingenioso, deseoso de crearse una brillante posición consiguiendo el favor de la querida del rey, ocurriósele á Latude una idea osada: enviar á Pompadour cierta cajita explosible, pero inofensiva, una especie de juguete, y al mismo tiempo dar aviso de que se tramaba un complot contra la marquesa, y encargar que abriese con precaución toda cuanto le fuese remitido. Espiado por la policía después de la advertencia, tenido en concepto de peligroso conspirador, el travieso mozo fué arrojado á la Bastilla, de allí á Vincennes. Latude no sólo tenía ingenio, sino resolución y energía: desde Vincennes empezó su lucha contra la adversidad, evadiéndose por primera vez con tanta audacia como fortuna.

Pero el mismo exceso de su arrojo y agudeza volvió á perderle; no escarmentado creyó todavía que la Pompadour era mujer superior, y tuvo el rasgo audaz de escribirla confesando su fuga y revelando su escondrijo y pidiendo absolución. La mezquina favorita le hizo coger y sepultar de nuevo en la Bastilla, desde donde realizó Latude aquella célebre segunda evasión que ha dejado memoria en los fastos de las prisiones de Estado. Leyendo la descripción de su calabozo, apenas se concibe que pueda soñarse en salir de él; y, sin

embargo, Latude y otro infeliz compañero de encierro, víctima también del enojo de la favorita, llevaron á cabo su evasión después de haber empleado dos años en los preparativos.

* *

Asombra la fuerza de voluntad que despliega el hombre cuando se trata de conservar ó recuperar el más precioso dón del cielo: la dulce libertad. Limando las rejas de una chimenea; ascendiendo por su angosto tubo; colgados á doscientos diez pies de altura sobre un foso lleno de agua helada y cenagosa; pendientes de una débil cuerda fabricada con sus ropas: extenuados ya de fatiga; teniendo que romper un murallón enorme, los dos cautivos se vieron libres.

Libertad ilusoria. Pocos días tardaron en echarles mano los corchetes, y Latude se vió sepultado otra vez en un calabozo subterráneo, donde, no sabiendo qué hacer, se entretuvo en domesticar ratas, y, privado de papel y tinta, en escribir sobre unas tabletas de miga de pan, con su propia sangre. ¡Horrendo suplicio el de aquel hombre activo, emprendedor, fogoso, reducido á semejante existencia! Y, sin embargo, no se volvió demente como su infeliz colega de evasión: salió á flote, hasta cuando para mayor refinamiento de tortura, le encerraron en la casa de locos y le dieron, como á Job, un estercolero por cama, dejándole allí que literalmente aullase de hambre. Latude debía poseer complexión de acero.

Una mujer había perdido al desdichado Latude; pero otra, con la fuerza de su compasión, logró al cabo salvarle. Madama Legros, tenderilla parisiense, encontró por casualidad, caído en el suelo, un escrito en que Latude refería sus miserias; y como si la Providencia le hubiese revelado súbitamente que tenía una alta misión que cumplir, la valerosa hembra se dedicó, sin darse punto de reposo, á obtener la libertad de aquel hombre que, después de tan horribles trabajos, aun creía en la piedad.

Tres años pasó madame Legros implorando á todos los poderosos, luego al rey, por fin á la reina María Antonieta, en quien aquel llamamiento á la misericordia encontró eco inmediato. A los sesenta años, con el pelo como la nieve, sahó Latude de la prisión en que había entrado en la flor de su mocedad; y antes de morir pudo ver algo que debió de parecerle el acto más esplendoroso de la justicia divina: pudo ver cómo no quedaba piedra sobre piedra de aquella Bastilla cuyos muros ahogaron sus desesperados gemidos.

Hablando de la heroína de la compasión, madame Legros, dice el historiador Michelet: "Ella tuvo la gloria de derribar moralmente la Bastilla. Fué la débil mano de una pobre mujer la que en realidad arrasó la altiva fortaleza: aquella mano chiquita fué la que arrancó los fuertes sillares y las macizas rejas de hierto y derrocó los negros torreones."

EMILIA PARDO BAZÁN.

A la señorita Angela V.

Un tu divina mirada
con dulces rayos fulgura
la luz suavísima y pura
de la aurora nacarada:
tu tez blanca y sonrosada
á las flores da sonrojos,
y al verte sienten enojos
envidiosas las estrellas,
pues comprenden que son ellas
menos bellas que tus ojos.

En tu boca virginal
las Gracias tienen su nido,
de perlas entretrejido
y finísimo coral;
no hay encanto celestial
comparable á tu sonrisa,
que leve como la brisa,

apenas llega á tus labios
teme inferirles agravios
y se detiene indecisa.

¿Quién viéndote no ambiciona
morirse por tí de amores
abrasado en los ardores
que tu mirada ocasiona?
Daría un rey su corona
por tí, rendido y cortés,
y hasta Dios, con ser quien es,
si cual nosotros amara,
el cetro eterno abdicara
para ponerlo á tus pies.

Mas no es sólo la belleza
lo que al mirarte enamora
ni la gracia seductora
de tan rara gentileza:
es la aureola de pureza
que resplandece en tu frente,
es el candor inocente
de tu alma sensible y pura,
es la infinita dulzura
de tu mirar esplendente.

Por eso hoy mi corazón,
olvidando su quebranto,
te dedica un pobre canto
de entusiasta admiración;
mas cantar tu perfección
no puede la lira mía,
que nadie pintar podría
belleza que al cielo excede,
como nadie pintar puede
la brillante luz del día.

X.

LA BOMBA.

SORPRENDIDOS por el sitio de París, cuando cerraban sus maletas para marcharse, se quedaron con la esperanza de que el sitio no duraría ni ocho días, M. Dutailly, rico fabricante de productos químicos; su esposa, una excelente mujer, y su hija, una joven encantadora.

Mme. Dutailly, que no creía que las cosas se arreglaran tan pronto, se ocupó en el aprovisionamiento de su casa, donde reunió tal cantidad de víveres, que aunque el sitio hubiera durado tres meses más, no hubieran conocido la escasez. Completó su obra instalando en el patio una vaquería, un gallinero y hasta unos cuantos cerdos que, tres meses después, valían tanto oro como pesaban.

Desde el mes de Octubre los hombres la bendecían: yo el primero, que siempre tenía un cubierto en su mesa el jueves y el domingo y que allí encontraba con qué resacirme de las privaciones de toda la semana.

¿Cómo no extasiarse en aquellos días de hambre, á la vista de una tortilla ó de un pedazo de *gruyere*, rociados con excelente vino que no tenía ningún parentesco con los productos químicos de la casa?

No era yo solo convidado á aquella mesa hospitalaria; otro tenía su cubierto al lado del mío, el joven Anatolio Brichant, dependiente principal de la fábrica, y futuro yerno de Dutailly. Este valiente muchacho, melancólico, endeble, algo tímido, estaba muy enamorado de la hija de su principal, Mlle. Gertrudis, que no parecía insensible á este amor, y sin que hubiera ninguna formalidad ni palabra cambiada, la candidatura de Brichant era cosa convenida entre todos.

Por desgracia, la guerra retrasaba el acontecimiento. Brichant, cabo en los móviles del Sena y alojado en el cuartel de Saint-Denis, cumplía su deber de soldado concienzudamente, como lo hacía todo, pero sin entusiasmo, y dando al diablo el sitio que retardaba su felicidad y una herida en el brazo que lo incomodaba bastante.

La presencia de un nuevo convidado vino á complicar la situación; una noche, al entrar en el comedor, encontré mi sitio ocupado por un personaje desconocido, ancho de hombros, muy animado, muy fanfarrón. Llevaba galones de capitán sobre un uniforme de capricho, salido del guardarropa de algún teatro, y calzaba botas enormes con grandes espuelas.

—Monsieur Robillard, me dijo Dutailly, capitán de los *Enfants perdus de Courbevoie*.

No había yo comido la sopa cuando él había acabado, y según la prisa que se daba, era de temer que comiera solo; Mme. Dutailly me dijo que á la tardecita, yendo por el bulevar Poissonnière dió una caída muy peligrosa, y que aquel señor, que pasaba por allí, la llevó á la farmacia más próxima y luego la acompañó á su casa. Y por reconocimiento le invitó á comer.

Esta explicación me dejó tranquilo, pues esperaba que el capitán de pega no volvería más.

Aquella noche nos contó mil acciones de guerra en que siempre había sido el héroe, y que por él no se habían perdido; y no fué lo peor el tener que aguantar su charla aquella noche, sino que se las arregló de tal suerte, que no volvió á faltar á la hora de comer.

El día de año nuevo Dutailly nos recibió loco de alegría, pues había noticias de que en un encuentro de las tropas los franceses habían batido á los alemanes.

—Querida señora Dutailly, dijo el capitán, es preciso que yo le dé á V. una sorpresa como agualdo.

Esto me sugirió la idea de preparar otra, y ver el modo de descartarnos de aquel fanfarrón que no dejaba á Mlle. Gertrudis ni á sol ni á sombra, por lo que el pobre Anatolio no tenía un momento de tranquilidad.

Llegada la noche de los aguinaldos, Anatolio trajo un conejo que no sé cómo pudo procurarse; en cuanto al capitán, presentó á Mlle. Dutailly un cucurucho de *marrons glacés* colocado en un casco alemán.

—Querida señora, dijo sonriendo, hubiera querido ofrecer en este casco la cabeza del propietario.

—¡Cómo!, dijo Mlle. Dutailly llena de admiración ¿lo ha matado V?

—Sí, para ofrecer á V. esta caja de dulces, hermosa señora, cosa que no está al alcance de todo el mundo.

Dispensó á mis lectores el relato de la aventura; ya comprenderán que el héroe no perdonó detalle, por lo que nos aburrió bastante con tanto embuste, aunque no á las señoras, que estaban asombradas de tanto valor.

—También yo tengo preparada mi sorpresa, dije, y aunque no puede rivalizar con la del capitán, espero que sea del gusto de Vds. Solamente que aun no la han traído, y creo que debemos comer sin esperarla.

La comida fué alegre, y ya estábamos tomando el café cuando un criado entró á decir que un artillero acababa de colocar mi regalo en el salón.

Pasamos al salón y el objeto estaba sobre una mesa, en un papel azul.

—¿Qué pedrá ser eso?, dijo la señora.

—Pues eso es una bomba.

—¿Una bomba?

—Dutailly me ha dicho muchas veces su

deseo de ver una bomba, pero una verdadera, que hubiera servido, y á instancias mías, mi amigo Rolando, comandante de batería, me ha enviado ésta que viene de la meseta de Avrón, donde se olvidó estallar al caer.

Y sin dejar hablar me puse á desenvolverlo y la bomba apareció negra, siniestra, amenazadora.

—¡Caramba! dijo Dutailly, me admira; voy á mandar hacer con ella un reloj para mi gabinete.

—Pero, dijo Mme. Dutailly inquieta, ¿si no ha estallado!

—¡Oh! tranquilícese V. ¡Yo le encargué que no me la mandara hasta que estuviera desarmada y vacía! Por lo demás, aquí veo su carta.

Abrió una carta que venía al lado del proyectil, y la leyó en voz alta; pero al primer renglón mi cara debió expresar sorpresa, después inquietud, porque todos gritaron:

—¿Qué tiene V.?

—¡Dios mío!...yo...Escuchen ustedes.

Y leyó:

“Querido amigo: te mando la bomba que me encargaste, sólo que ha sido imposible encontrar un artillero que supiera desarmarla; mándala al armero del pasaje de la Ópera, que lo hará muy bien. Pero te encargo mucha precaución; ni el menor choque ni rozarla; porque hay mucho peligro de que estalle....”

Todos me interrumpieron con gritos de espanto.

—Quitad eso, decía Mme. Dutailly....

¡Espantoso! ¡Esa bomba en mi salón!

—¡Dios mío! dije yo alargando la mano....

—¡No le toque V.!....

—¡Calma! ¡Tranquilícense Vds.! El artillero que la ha traído se la volverá á llevar.

—Pero, señor, dijo el criado temblando en el umbral de la puerta, ¿si el artillero se ha marchado!....

Nuevas exclamaciones.

—Entonces, dije, ¡yo la cojeré!

—¡Te lo prohibo! dijo vivamente Dutailly; ¡tú no tienes fuerza para llevar eso hasta el pasaje de la Ópera, y la dejarás caer en el camino, ó en la escalera ó en la antesala!

Mme. Dutailly se estrechaba contra mí.

—¡No! ¡V. no!...¡Es demasiado peligroso! ¡Usted no!

—Esto, dijo Dutailly, es para un soldado, un soldado robusto; afortunadamente aquí está el capitán.

—¿Yo? dijo el capitán.

—Sí, querido; V. es fuerte como un turco y juega con las balas y las bombas como un colegial con las bolas de billar.

—Pero, dijo el capitán, que palideció ligeramente, es que un...¡Diablo!...¿No se podría dejar hasta mañana?

—¿Mañana? dijo Mme. Dutailly, ¿para que yo no pueda pegar los ojos en toda la noche?

Aquí Anatolio tomó la palabra y dijo:

—Yo seré el que lleve la bomba.

Dutailly le detuvo.

—¿Está V. loco, querido? ¡Convaleciete aún y con el brazo vendado!...¿Quiere V. hacer saltar la casa?

—Efectivamente, eso me corresponde de derecho, pero iré á buscar un coche, porque á pie podría resbalar, y eso sería muy peligroso.

—Vaya V. pronto, dijo Dutailly, no alentaré hasta que V. vuelva.

—Corro, querida señora.

Y diciendo esto cogió su kapis y su capa y ganó la escalera.

Yo volví al salón, donde todos estaban

consternados. Mme. Dutailly vacilaba entre la gana de huir y el deseo de vigilar la bomba.

Pasó algún tiempo y Mme. Dutailly dijo:

—¡Dios mío, cuánto se hace esperar!

Yo le dije alegremente:

—No le espere Vd., señora, porque no volverá.

—¿Que no volverá?

—No, señora, porque ese capitán es un farsante y yo me complazco en haber desmontado las baterías de ese fanfarrón, á favor de esta máquina de guerra.

Y tomando un álbum de una mesa, di un golpe violento en la bomba, que estalló en mil pedazos....de chocolate! ¡Era de chocolate! ¡Y sembró la alfombra de una metralleta de bombones!

Una carcajada saludó esta explosión, y puedo decir este desenlace, porque tres meses después, Anatolio se casaba con Gertrudis.

Y del capitán, no hubo noticias.

VICTORIANO SARDOU.

RIMAS.

La luz en el espacio resplandece,
en el alma del hombre la esperanza,
en la mente del joven ilusiones,
en el fondo de mi alma tu mirada.

El magnate riquezas á montones,
su cetro el rey, su canto el trovador;
todos tienen mil dones que ofrecerte,
y yo....sólo mi amor.

Puedes odiarme, sí: siempre la suerte
fué adversa para mí;
pero hacer que te olvide ¡oh! eso nunca
lo podrás conseguir.

“Cuando vuelva á su origen esa fuente
ó pueda su corriente detener
comprenderé yo entonces que es posible
dejarte de querer.”

Así hablaste una tarde, y sin embargo,
poco tiempo después
la fuente proseguía inalterable
¡y eras tú la infiel!

Un día ante el altar, el amoroso
acento de tu labio, “dulce esposo”
á un hombre apellidó;
¡lo recuerdo muy bien! y el venturoso
amante no era yo.

Después al encontrarnos ante el mundo
pides que oculte mi dolor profundo
y ahogue la pasión,
porque ese afecto, como lodo inmundo,
mancharía tu honor;

quieres, afeando mi egoísmo,
que mire con respeto el hondo abismo
abierto entre los dos,
é imponga con estúpido estoicismo
silencio al corazón.

Exiges que destierre el pecho mío,
en nombre del deber, hasta el sombrío
recuerdo de tu amor;
mil veces lo he intentado, pero impío
se niega el corazón.

AMER.

MARIA TINOCO SINIBALDI.

Miradla! Es la Beatrice soñada por el Dante,
la flor de la campiña más bella y más gentil;
la que ama el mar que ruga cual simoun que pujante
se lleva entre sus alas las flores del pensil.
Miradla! Es por sus ojos lo tórtola que amante
preludia sus cantares: es tarde de un abril;
su rostro es de una Venus, su talle es deslumbrante
cual el de diosa bella de helénico buril.

Su acento es la armonía más dulce: su mirada
despierta al alma virgen, su boca perfumada
es dulce como el néctar de la temblante flor.
¡Oh ríe dulce alondra del alma, plañidera!
Tú tienes en tus ojos la hermosa primavera
y en tu alma de los astros rosados el fulgor!

JESÚS T. COLINDRES.

DOLORES VALENZUELA.

El trópico brillante la luz en su mirada
se ve cuando se ostenta magnífica y gentil:
es aurea mariposa que vuela enamorada
y bebe los destellos del sol rojo de Abril.
¡Cuál tiembla entre sus labios la nota dulce, alada,
y cómo sus cabellos los besa aura sutil!
¡Princesa de los ojos brillantes, tú, encerrada
cual sueñas en tu torre soberbia de marfil!

Tú pasas y las almas te siguen y te adoran,
las dulces esperanzas de luz tus sueños doran,
y llevos algo hermoso que al poeta hace cantar;
¡Feliz quien de tus labios la miel del beso libe...
¡Feliz quien por tu ojos con ilusiones vive...
quien llegue á la princesa cautiva á despertar!

JESÚS T. COLINDRES.

Clara Nanne.

Es bella entre las bellas la primera,
de casto pecho en que el amor rebosa;
es sol que en los espacios reverbera
soberana su lumbre magestuosa.
Es por sus ojos mingreliana hermosa
de esas que matan al mirar siquiera,
por su belleza sin igual... la diosa
que en la alta cumbre del Olimpo impera!

Tiene esa maga que el amor provoca,
llenando el alma de insondable anhelo,
hecha de fuego y de coral la boca;
despliega al verla el corazón su vuelo
y en ansia eterna indescriptible y loca,
deja la tierra y se remonta al cielo!

JESÚS T. COLINDRES.

Gratitud á una memoria.

Ferrocarril al Atlántico.
Ferrocarril á todo trance.
Ferrocarril aun á través de
lo imposible.

T. GUARDIA.

ESTAS palabras pronunciaba el General Guardia en uno de sus discursos con motivo de una solemnidad nacional.

Y sus palabras se han cumplido y la locomotora, después de veinte años de sacrificios, después de haber puesto un cadáver al lado de cada durmiente, ha venido á San José el mismo día que su silvato se ha dejado oír en las selvas vírgenes de la comarca del Limón.

Oro y vidas se han amontonado, energías y esfuerzos sobrehumanos se han agotado, lágrimas y desengaños se han cosechado; pero todo ha sido pospuesto, todo ha sido vencido para ver el ferrocarril concluido.

Costa Rica, aislada del mundo, hacía poderosos impulsos por entrar de lleno en el concierto universal de civilización y adelanto en que estaban comprendidas todas las naciones que figuran en el rol del progreso humano; pero uno de los obstáculos, al parecer inamovibles era entre otros el de no

tener vías que la comunicaran con el Océano. Existía la conocida carretera á Puntarenas, la cual remediaba en parte la urgente necesidad que había; pero esto no era suficiente para nuestro movimiento comercial. Hombres importantes de la patria habían pensado en la vía al Atlántico, pero nadie encarnó la idea de tal modo y con tanta entereza como el General don Tomás Guardia; nadie arbitro recursos sacándolos casi de la nada, ni concibió planes al parecer utópicos, como aquel notable dictador: su régimen arbitrario, su severidad con sus opositores, su voluntad férrea imponiéndose á pesar de la razón y de la ley muchas veces, no obedeció más que á una ilusión entonces, hoy una realidad: el Ferrocarril al Atlántico.

Faltaba un brazo fuerte, faltaba una energía indomable como la del General Guardia y apareció entre otros Minor Cooper Keith que tomó sobre sus robustos hombros el enormísimo peso de la gran empresa.

Desde entonces los nombres de Guardia y Keith han venido íntimamente ligados á la obra del ferrocarril.

Injustos andaríamos si no mencionáramos, haciendo justicia al mérito, los nombres de Bernardo Soto y Próspero Fernández, que contribuyeron poderosamente á dar todo el auxilio necesario á esa colosal empresa.

Hoy tenemos ya en la capital de Costa Rica el tren del Limón que nos traerá en sus carros inmigración, industria, comercio, adelanto y civilización, en dos palabras.

Hoy, aquellos lugares inexplorados en donde apenas penetraba vacilante y temeroso el pié del explorador, debido á las fieras y á las reptiles, hoy decimos, á esos lugares se penetra con entera confianza, puesto que el silvato de la locomotora ha ahuyentado con su sonoro pitazo todas aquellas bestias dañinas.

Hoy aquellas selvas y bosques frondosos y abundantes en materias primas, enriquecidos con los tesoros de una naturaleza virgen, pueden ser explotados por el agricultor y el empresario y ofrecer al mundo entero productos de exuberante vegetación.

Hoy, colocados al habla con el mundo antiguo por el nombre, pero novísimo siempre por las conquistas de su ingenio y su saber, podemos gozar de cerca, muy de cerca, de todos los placeres que da al espíritu y á la materia cuanto de pan intelectual se produce y cuanto de lujo y comodidad puede regalar los sentidos.

Abril—1891.

EMANUEL.

EL REPORTER.

ARTÍCULO DEDICADO A MIS QUERIDOS COLEGAS

JAVIER VALENZUELA (h). Y MANUEL VALLADARES R.

SIN intentarlo me he puesto, no en un *casus belli*, pero sí en una seria dificultad al escribir casi inconscientemente la palabra *Reporter*, que aquí, á pesar de nuestros diarios y del gran incremento de nuestras cuatro ó cinco publicaciones, aun no se conoce. El reporter no es el simple *recogedor* de noticias. Tampoco el *gracioso gacetillero*: si eso fuera, afirmaríamos que los tenemos y excelentes. El reporter, y mas aún, el americano, es algo como el *infinito indefinible*: sus tareas son más altas y más difíciles de concretar.

Sin embargo, procuraré dar una idea: todos conocen lo que es un *zancudo*, del que no logramos librarnos y que no causa tanto daño con su agudo *piquete*, como con la estridente *música* que

posee. Pues bien: en determinadas ocasiones, éste es el reporter. No tiene sexo, porque lo son señoritas, muchas veces hermosas, pero siempre simpáticas, ó viejos de blanca barba y ojos de lince. Tampoco tiene edad, por lo visto: así es que puede decirse, como en la Gramática Castellana, que el reporter es *común de dos ó epiceno*, y alguna vez *ambiguo*. Tiene sí, un carácter que lo distingue: el reporter tiene en las piernas más agilidad que un tren expreso. Apenas se ha percibido la primera campanada de alarma de una estación de bomberos, se ve á un individuo de finísimo olfato, levantando al cielo las *narices*; se arma de larga tira de ordinario papel y extrae de los profundos bolsillos una serie incontable de lápices de afilada punta, y espera con ansia describir el sitio del siniestro. Toma un *trotcito* mesurado; pero apenas distingue á lo lejos el humo, corre con suma velocidad, y sudando como si saliera de la parte caliente de los que llaman higiénicos, pero insoportables baños rusos, se abre paso á puñetazos, si es posible, entre la apiñada multitud, y sigue con mirada observadora hasta los menores detalles del incendio, Quizá el fuego va invadiendo el 7º piso de un palacio: á duras penas los bomberos penetran en medio de las llamas, valiéndose de escaleras apropiadas y usando las altas ventanas, entonces vereis al reporter animándose á verificar también ascensión tan peligrosa; y si hubiere colegas, presenciareis los actos de heroísmo dignos de mejor causa y que recuerdan á Sagunto y á Numancia, al ver que, sin temor á las llamas, se arriesga á penetrar en el candente horno. No es sólo por ser el primero en comunicar la noticia, sino que es necesario precisar los detalles más minuciosos del suceso. Si ya fuere imposible permanecer viendo de cerca los estragos del fuego, vereis al reporter un momento triste, porque no pudo apreciar lo que avanzaba el fuego en cada corriente de aire, ni medir el largo del último madero que consumía. Pronto se consuela: á las pocas horas el periódico trae el desgraciado acontecimiento, y no sólo sabréis cómo principió el incendio, por qué causa, etc., sino que conoceréis la historia de sus moradores, el origen de sus haberes, la historia del edificio, el retrato del portero; y hasta el vestido de la house-keeper en el tiempo de la catástrofe. Conoceréis también la colocación del mobiliario, la adquisición de cada trasto y el estado de mayor ó menor ruina en que quedaron después del hecho.

Imposible, me parece oírlos decir, que en tan poco tiempo se hayan acumulado tantos datos! Sin embargo, no hay que revocarlo á duda: si el reporter no pudo conocerlo todo, lo suple con su imaginación, y si *necesita*, porque es cuestión de necesidad, llenar una resma con la descripción de un suceso tal vez pueril é insignificante, la llena con inducciones y deducciones, y no se pára en pelillos hasta obtener que no quede el menor espacio en las inmensas columnas de su periódico.

Hasta aquí el reporter es una figura grata y simpática, porque se sabe por él cuanto ocurriría pero imaginaos que el senador Mr. Woodman *atrapa* un cólico de *padre y muy señor mío*. Se busca con precipitación al médico y al notario, pero antes que ellos aparece el reporter, y se *cuela como Pedro por su casa*, y principia á contar de arriba abajo los peldaños de la escalera, con el mismo agrado que si contara los *dollars* que tiene en su sótano el acreditado Banco Internacional ó los tesoros de determinados miembros de nuestra sociedad. ¿Qué importa, diréis vosotros, que un individuo se entrometa en la casa en momentos de aflicción y que permanezca examinando la solidez de las paredes? Pero no, no se contenta con tan poco: de zopeton se coloca cerca, muy cerca del enfermo, para no perder uno solo de los angustiosos quejidos que lanza; y si fuere una afección á los pulmones ó á los riñones, el reporter no tiene

á menos examinar con la escrupulosidad de un facultativo los productos mal sanos que arrojan esos órganos. Si el paciente amenaza con tener la humorada de pasar al otro *barrio*, el reporter se mueve de su trinchera: recorre con investigadora mirada todas las prendas de la habitación, y allí vela con su lápiz siempre empuñado. Aquella familia notable no da un paso, no hace el menor movimiento, sin ser vista por el reporter. Al día siguiente vereis que el honorable señor falleció á tales horas, tantos minutos y tantos segundos; y lástima haber desperdiciado los terceros! de la mañana; que su cama era de caoba de superior calidad, y que su señora lo atendía con solicitud digna de merecido elogio, etc., etc., Dios os libre si pudo hacer un estudio *anatómico* del cadáver! Entonces sabréis que el respetable difunto tenía la pierna derecha más delgada que la izquierda, y un abultamiento anormal en el bazo. “¿Qué calamidad es el reporter!” os escucho decir. Efectivamente: para nosotros, que no permitimos que se traspase el umbral de nuestras modestas habitaciones sin previa autorización, y de que no gustamos de que se publiquen los actos de nuestra vida íntima y privada, sería una desgracia habérselas con este ser tan raro, y tan paciente como Job.

Os parecerá que todo se evita en los países en que la prensa tiene sus reporters, no siendo personaje, y que no buscará humildes condiciones. ¿Qué error! Acaso el *chapulín* ó el *zompopo*, sólo se alimentan de las plantas del acomodado agricultor y desprecian las del pobre campesino? Pues así es el reporter: lo que necesita son novedades y noticias para llevarlas en triunfo á la redacción. No le importa la fuente: se aprehende á un famoso criminal y se le conduce á una prisión adecuada mientras se sigue el proceso. Acude el reporter, suplica y *hasta llora*, si no se le encierra con el reo, ó no se le permite, al menos, permanecer en la puerta como *centinela de vista*. Observa el último de sus gestos, y quedará glorioso si puede referir cuántas horas duerme del lado derecho, y cuántas del izquierdo. Pobre reo! Ya tiene para divertirse: las escenas de familia, *que muchas veces requieren la soledad*, son siempre en presencia del reporter, que no sueña en dejar su puesto aunque se desplome el techo: allí sigue el curso [de la causa, y si el delincuente va á ser ejecutado, mayor es la vigilancia del reporter. Al ser conducido al lugar donde expiará sus delitos, el reporter va contando los pasos que da, las arrugas del pantalón, las dimensiones de la cuerda que lo ahorcará, y las variaciones de la fisonomía del criminal. (Los reporters de San Francisco de California, según me refirió un ilustrado amigo mío, son especialistas en este ramo). Hasta esto influye en que la estadística criminal, cada día marque disminución en los hechos punibles; porque, más que los jueces debe molestar al reo tener una *garrapata* constantemente prendida, y que no sólo le *chupa la sangre* sino que vive de sus ademanes y de sus costumbres.

¡Imposible poder vivir en calma! afirmarán algunos.

¿Por qué no? Todo es cuestión de costumbres: el americano sabe que la *polilla* del reporter es inevitable y no le extraña ya su presencia, siempre que ocurra algo extraordinario en su morada. Además, ya lo he indicado, sólo así se explican las tres ediciones al día de periódicos de 16 páginas. Es una *necesidad*, pues, el reporter. Pero aun falta. Llegáis á un hotel importante, y después de inscribiros en el libro de la oficina, especificando nombre, profesión y procedencia, os encamináis al cuarto que os tocó, para descansar del movimiento de aquellas locomotoras gigantes ó del malestar sufrido á bordo de la única línea de vapores: de la “Pacific Mail”. Apenas habéis cerrado la puerta y aun no habéis echado una mirada de simpatía al

blanco y cómodo lecho que os espera, cuando oís dos importunos *golpecitos* en la puerta. Malhumorado echáis el *quién vive!* y solo os contesta un prolongado *Sir*. . . . ¿Quién tendrá la maldita idea de buscarme si yo no conozco á nadie? No importa, al fin abris la puerta y se os presenta el *bell boy*, es decir, un asistente que os alarga una brillante bandeja en la que *nada* un papelito rectangular. Tomáis el papel y veis en letras gordas un nombre: Mr. Thomas Fly. Oh! Mr. Thomas, Mr. Thomas. . . . Mr. Fly. . . . Pero quién es este gringo? Si yo aquí me creía tan conocido como en China! Vuelve el examen. Mr. Thomas. . . . Pues, señor, este individuo será muy conocido en su casa; pero yo sólo recuerdo haber visto en Ollendorf algo análogo. Si no sabéis lo que es un reporter, os devanaréis los sesos uniendo recuerdos y concluiréis por declarar que jamás en vuestro país os habéis visto con bípedo de nombre tan particular. No os canséis: ni lo habéis soñado, pero ya os servirá de pesadilla. Él tampoco sabe quién sois, y por eso desea sujetaros á su insoponable interrogatorio. "Pues no lo recibo!" "Que se largue con la música á otra parte!" Yo os compadezco de corazón! El reporter se va impasible, pero vuelve á la atalaya, porque no es tan fácil quitárselo de encima; y cual el lego del convento, teneis vuestra *mosca* que os sigue con la mirada desde la oficina, y espera con calma el momento de atraparos. ¡Qué *gatos* ni que *ocho cuartos*! El reporter es el cazador de más acierto.

Al fin os vencéis, y qué remedio? "Que diga el caballero que me está acatarrando, qué desea? ordenáis al doméstico. Contestará flemáticamente que espera una entrevista, ó lo que es lo mismo un suplicio como el de Tántalo. Un exámen no sólo de conciencia, que eso pasaría si la teneis tranquila, sino de usos y costumbres y hasta de calzado. Os aconsejo que lo recibais, porque de otra suerte os perseguirá en el teatro, en el paseo, y si no os dais por vencido, en los lugares *où le roi va seul*, como diría algún francés.

Llega la entrevista; os saluda como si hubieran sido compañeros de estudios y se nota la curiosidad con que os pasa revista de pies á cabeza.

(Continuará).

PRINCIPIO DE UNA HISTORIA,

POR

Joaquín Pablo Vélez.

AUNQUE no estoy de muy buen humor que digamos, se me ha metido entre ceja y ceja hacer algo así como una crítica de la *pieza literaria* cuyo nombre queda apuntado arriba.

Es el caso que mi amigo Vélez estaba sentado junto á la ventana de su aposento en un *boarding house* de Nueva York, lanzando suspiros que parecían truenos y echando tamañas lágrimas de sus tiernos ojos. Daba ganas de llorar ver á Vélez todo cariacontecido y rostuerto, decidido como estaba á tirarse sobre un colchón para acabar su misérrima existencia.

Pero cuando llegaba al colmo de la desesperación hé aquí que se presenta su amigo Carlos, mozo *comm' il faut*, antiguo botarate, que después de mil diabluras por esos mundos de Dios, se ha metido filósofo, como quien no dice

nada, de lo cual parece deducir Vélez que la *filosofía* se adquiere llevando vida disipada y alegre.

Carlos le da una palmada en las espaldas á Vélez y le hace salir de sus casillas: afirma que Vélez dice lo que no piensa y piensa lo que no dice: le pregunta después la causa que le tiene á mal traer y Vélez, conmovido, le cuenta sus cuitas.

Estas se reducían á que Vélez tenía amoríos con una mentada Berthie, á la cual había dado palabra de casorio. Pero el muy inconstante, como quien no dice nada, se enamora al mismo tiempo de una bailarina ó actriz y anda con ella de *ceca* en *meca* bebiendo café que es un gusto. Una noche lo *pill* la novia con la que le hacía competencia, se enoja, como es natural, y le manda una carta en que á secas le dice que se vaya á paseo.

Aquí los apuros de Vélez y la aflicción de marras que hace que casi se lo lleve el *diantre*, cuando se presentó el amigo á salvarlo.

Carlos le convence de que es bobería resentirse por unas calabazas que le suenen.

Le aconseja, y aquí está lo gordo, que de un *palo de calabazas* apee algunas y se las dé á la chica de sus pensamientos. (Vélez cree que las calabazas, producidas por una planta rastrojera, son las mismas *jicaras* que da un árbol.)

Al cabo convencen á Vélez las poderosas razones de Carrucho; se enjuga las lágrimas que escaldaban sus mejillas, se pone el *saco* y la gorra y se echa por las calles de New York á refrigerarse la mollera, y Berthie. . . . se acabó.

Esperamos saber el fin del principio de una historia para seguir nosotros nuestra crítica.

Nicoya, Mayo 4 de 1891.

SISEBUTO.

BIBLIOGRAFIA.

En esta redacción se han recibido las obras siguientes:

—*Enseñanza primera de la lectura*, por el Dr. Littmann, profesor de pedagogía en el Liceo de Costa-Rica.

Esta obrita contiene acertadas indicaciones sobre el método fonético, que facilita en gran manera la enseñanza de la lectura, indicaciones que no dudarán serán utilísimas para los maestros de nuestras escuelas primarias. Comprende dos libros: el del alumno y el del maestro. Ambos opúsculos se venden á precios reducidísimos.

—*La flora de Costa-Rica*, por el Dr. Polakowsky, traducción de Don Manuel Carazo P. y notas de Don H. Pittier. El estudio del Dr. Polakowsky, brillante como todo lo que sale de su docta pluma, ha contribuido poderosamente á atraer la atención del mundo científico hacia nuestro territorio. Las notas del Sr. Pittier son oportunas y eruditas, pues contienen no sólo ampliaciones, sino también enmiendas de varias inexactitudes que aparecen en el oripinal, debidas á la antigüedad de

éste y demostradas por descubrimientos y estudios posteriores al del Dr. Polakowsky.

Entre nosotros se han mirado siempre con vergonzosa indiferencia las investigaciones científicas acerca del suelo natal, tan interesantes por muchos aspectos para los sabios; el día en que nuestros compatriotas se dediquen activamente á dichos estudios, el nombre del doctor Polakowsky figurará en lugar preeminente al lado del de muchos extranjeros distinguidos á quienes debe Costa Rica gratitud eterna.

—*Apuntamientos sobre la provincia de Guanacaste*, por Franco. Montero B. El Sr. Montero B., autor de una *Geografía de Costa Rica*, ha dado una prueba más de su capacidad y conocimientos con la publicación de la obrita cuyo título motiva estas líneas. Acaso falten en ella ciertos datos de tanta ó más importancia que los puramente geográficos, v. gr.: algunos apuntamientos sobre la arqueología, geología, meteorología de aquella región, etnografía y costumbres de su población, etc. pero de todos modos el estudio del Sr. Montero merece caluroso aplauso por su ejecución, por sus fines, y porque quizá despertará en algunos de sus compatriotas el deseo de imitarle.

—*Apuntamientos sobre el clima y geografía de Costa Rica*, por H. Pittier. El actual director del Observatorio, además de llenar cumplidamente sus obligaciones como tal, es explorador infatigable y ha recorrido palmo á palmo regiones hasta hoy poco visitadas, acerca de las cuales está preparando interesantes trabajos. La botánica y la entomología le deben asimismo algunos descubrimientos. La obrita que mencionamos más arriba contiene las observaciones meteorológicas practicadas en el año de 1889.

—*Traducción del curso de derecho criminal por el prof. Carrara*, por Octavio Béeche y Alberto Gallegos. Al decir de las personas entendidas en la materia, esta obra será muy provechosa para los estudiantes de derecho.

—*Algo más sobre pedantismo literario y verdades políticas*, por S. Michelena (París, 1890). Hace algún tiempo publicó el filólogo venezolano D. Baldomero Rivodó un libro intitulado *Diccionario consultor ó Memorandum del Escribiente*, contra el cual publicó el Sr. Michelena, también venezolano, un folleto con el título de *Pedantismo literario y verdades políticas* (París, 1889). Habiendo dado á la estampa hace poco el Sr. Rivodó otra obra, *Voces nuevas en la lengua castellana*, el Sr. Michelena le sale ahora de nuevo al encuentro con el folleto que ha tenido la bondad de remitirnos. Desde luego lamentamos que el señor Michelena mezcle la cuestión literaria con la política; pero no podemos menos de reconocer que la crítica es mesurada, erudita y sobre todo justa. Los dos libros del Sr. Rivodó contienen numerosos yerros que merecen ser castigados con más dureza. Sólo en una cosa no anduvo muy atinado el Sr. Michelena: en la defensa que hace de la Real Academia Española.

—*Reminiscencias de un viaje por los Estados Unidos de América*, por Javier A. Arroyo (Guatemala, 1891).

Nos abstenemos de manifeslar nuestra opinión sobre esta preciosa colección de artículos, porque nuestros lectores podrán apreciarlos mejor pasando los ojos por el que reproducimos en el presente número.

NOTAS.

De *La Revista Popular* de Nueva York tomamos lo siguiente, que se refiere al primer tomo de la LIRA COSTARRICENSE:

LIRA COSTARRICENSE.

No sabemos á quien dar las graecias por un li-

bro elegantemente impreso en la Tipografía Nacional de San José de Costa Rica, en el que el señor don Máximo Fernández ha reunido las composiciones de los principales poetas de la República.

La obrita, agradable en conjunto, tiene de todo un poco. Hay en ella algunas composiciones que son verdaderamente poéticas y otras que hacen incurrir al señor Fernández en una gran responsabilidad ante el tribunal del público amante de las letras, por haberlas dado á la estampa.

El estilo es generalmente algo desaliñado, dejando ver claramente que los autores de las diferentes composiciones, ó no se han ocupado de *puirlas*, ó no añaden á su inspiración el suficiente acopio de sonoras frases que tanto abundan en nuestro sonoro idioma. Pero el mismo señor Fernández dice en el prólogo:

"Me propuse dar á conocer algunos trabajos de los que con *más ó menos* felices disposiciones han rendido culto á las musas en esta parte de Centro América."

El señor José María Alfaro, cuyas producciones son las primeras en el libro que hemos recibido, es un poeta de bastante inspiración, si bien no muy correcto. Los siguientes versos creemos harían honor á poetas de más talla:

¡Ansiar lo que no se alcanza
Después que he sufrido tanto
Y haber regado con llanto
Las flores de mi esperanza!

Y mirar cómo se van
Del alma las ilusiones
Que vuelan á otras regiones
Y que nunca volverán;

Vivir sin que los placeres
Me ofrezcan halagadores
Ni el perfume de las flores
Ni el amor de las mujeres;

Conocer con aflicción
Que si mi pecho suspira
No es que la mente delira,
Es que sufre el corazón.

Pero no debemos reproducir aquí la composición "A una amiga de mi madre" y sentimos que la escasez de espacio nos impida reproducir siquiera algunas estrofas de la viril composición "Al 15 de Setiembre."

Juan Diego Braún, según su biógrafo, era abogado y sólo á ratos pulsaba la lira. Su composición "A María Teresa" que es considerada la mejor, tiene bastante mérito aunque se nota en algunas estrofas el desaliño de que hablamos al principio. Vayan como prueba los siguientes versos:

¿Recordarás entonces, hermosa mía
Al pobre desterrado de tu amor?
¡Empapará una lágrima María,
Tu rostro encantador?

No creemos que la palabra "empapará" sea poética aparte de que es difícil que una lágrima de tamaño natural *empape* todo un rostro. Pero la composición tiene indisputable mérito.

Las producciones de R. Venancio Calderón no tienen interés especial. Las mejores de ellas siguen la rutina establecida desde tiempo inmemorial tanto en la forma como en el fondo.

Otro tanto podemos decir del señor Jenaro Cardona. En cuanto al señor Rafael Carranza... El biógrafo nos dice que sus composiciones de más mérito son las de actualidad y esas no aparecen en el libro. Los señores Graciliano Chaverri y Aquileo J. Echeverría no son poetas ni creemos tengan pretensiones de serlo.

El señor Justo A. Facio es secretario de Gobierno por profesión y poeta por afición. Creemos que tiene más dotes para el primer cargo.

El señor Luis R. Flores, que es el último en el libro, es en nuestra opinión mejor poeta que ninguno de los anteriores, exceptuando á José María Alfaro y quizá á Juan Diego Braún.

Damos las gracias por el obsequio del libro.

LAUDABLE y digno de encomio es el propósito que tienen los señores don Esteban Guar-

diola, don Manuel S. López y don Presentación Quesada, de la República de Honduras, de formar con el título de *Glorias Patrias*, una obra que comprenda las producciones más notables de los hondureños que se hayan distinguido en el campo de las letras; hacer preceder á esas producciones un estudio sobre las mismas y la biografía de sus autores; escribir la vida de los hombres públicos que hayan sobresalido en la historia de Honduras por la influencia que ejercieran en los destinos de esa nación, y hacer, por vía de apéndice, un trabajo que comprenda las producciones de los literatos, prosistas y poetas contemporáneos precedido también de estudios sobre ellos y de ligeros datos acerca de sus autores.

Felicidades á los señores citados por la concepción de tan hermoso proyecto, y nos prometemos que él se realizará para honra de la patria centro americana.

BOCETOS se titula un cuadernito que hemos recibido de la República de Guatemala y el cual contiene varias hermosas composiciones poéticas del señor don Jesús T. Colindres.

Espontaneidad, sentimiento, rica savia juvenil, inspiración, se observa en esos versos dedicados casi todos á distinguidas y preciosas damas guatemaltecas. Forman esas poesías un elegante ramillete de delicadas y vistosísimas flores, cuyo perfume llega hasta nosotros en las alas del canto del señor Colindres.

Costa Rica Ilustrada engalana sus columnas con algunas de esas composiciones, y envía aplauso caluroso al autor de ellas.

EN NUESTRO número anterior apareció firmada—por error del cajista—la composición poética A NATALIA, por Emilio Delgado, debiendo ser CAMILIA, por Emilio Delgado literato colombiano, á quien presentamos nuestras excusas por este trastrueque de nombres.

EN *La Situación* de Colón, correspondiente al 15 de Abril último, encontramos el suelto que reprodusimos al pie de estas líneas y el cual nos satisface por ser dedicado á un compatriota nuestro y dar una idea de la benévola y cariñosa acogida que tienen los hijos de Costa Rica en la vecina república de Colombia.

"Saludamos cordialmente á nuestro distinguido amigo don Próspero Calderón, quien se halla entre nosotros de paso para Europa. Calderón es Administrador de *El Imparcial*, la hoja diaria que traduce el pensamiento de Gavidia, el afamado y gallardo escritor salvadoreño, y ha fundado además, á costa de enormes esfuerzos, el mejor periódico de los que se publican en la vecina República: *Costa Rica Ilustrada*. Nuestro huésped es muy joven todavía y su patria lo cuenta ya con orgullo en el número de sus buenos hijos fundando en él robustas esperanzas. Calderón es artista, y como tal, ha luchado brazo á brazo con la fortuna que se ha empeñado en negarle riquezas, dándole, en cambio, crecida ración del pan que alimenta los espíritus escogidos y superiores.

Costa Rica Ilustrada ganará con este viaje que su Director emprende, llevado del notable propósito de levantarla á la altura de sus congéneres de Ultramar.

Feliz viaje y pronto regreso deseamos á este apreciable amigo."

PEDIMOS indulgencia á nuestros amables suscritores por el retraso con que aparece el presente número de este periódico; motivos completamente ajenos á nuestra voluntad, nos han impedido darlo á luz con la debida regularidad. Para lo sucesivo, pues, ofrezcemos más puntualidad.

SOLAZANDO á esta culta sociedad está la Compañía de Zarzuela del señor don Emilio Fajardo y Varona.

La Mascota, *El Juramento*, *El Anillo de Hierro* y *La Marina* han sido ya puestas en escena y recibidas por el público con aplauso. El teatro ha estado pleno en todas las representaciones y el éxito alcanzado en todas ellas ha sido espléndido. Y no podía ser de otra manera, cuando el personal que compone dicha compañía es tan es-

cogido y apto. Rosa Ruiz, Jesús Quiñones, María Murillo, Reyes Retana, González, Domínguez, Lameda, Díaz, López, etc., etc., han interpretado con bastante discreción y talento sus papeles respectivos. La orquesta dirigida por el señor Unda y los coros satisfacen completamente, y la pareja Zillioli y Martínez hace las delicias de los aficionados al jaleo.

En nuestros próximos números dedicaremos más espacio á las revistas del teatro.

EL GRAN GALEOTO.

Margot está en el balcón
con medio cuerpo hacia fuera;
yo de pie sobre la acera
dándole conversación.

—¿Qué me quieres, hija mía?

—¡irme contigo.

—No puedes;

te mando que en casa quedes;
las niñas salen de día.

—¿De noche no?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no ya lo sabrás;

—Pero tú ¿á dónde vas?

—Al teatro y al café.

—¿Al teatro! ¿y es bonita

la comedia?

—Mucho, sí

—Entonces llévame allí.

Voy á bajar

—¿Margarita!

—Y al café, cuando te vas?

—Muy tarde, á la media noche.

—Bien, pues iremos en coche;

así sí me llevarás.

—De noche no puedes ir

ni al teatro ni al café

—¿Espantan?

—No.

—Pues ¿por qué?

—Porque no puedes salir.

—Pero dí ¿por qué no puedo?

—Está oscura la ciudad.

—Dices que á la oscuridad

nunca se le tiene miedo.

—Traeré dulces al volver.

—Todos serán para mí?

—Todos.

—¿Pero todos?

—¡Sí!

—¿De veras?

—Todos, mujer.

—Así me quedo contenta.

—Bien, pues, entra, que hace frío

—¿Te vas?

—Me voy ángel mío.

—Mis dulces

—Calla, avarienta.

—¿Qué dices?

—Nada, tesoro:

que ya me voy; nada escucho.

—¿Me quieres?

—¿Te quiero mucho!

¿y tú me quieres?

—¿Te adoro!

Soy obediente.

—Por eso

vives ya tan consentida.

Un beso

—Toda mi vida

te mando con ese beso.

Pasaban á la sazón

varias gentes por la acera

y al oír de tal manera

cortar la conversación,

nos juzgan pechos de lava

que laten de amor en pos,

y dicen: ¡vaya! son dos

que están pelando la pava.

JUAN DE DIOS PEZA.